

LA RESTAURACION EN TUDELA

Es necesario, lector, que, para que comprendas lo escrito, retrocedas al día 29 de diciembre del año 1874; pero, antes, he de confesarte que mucho de lo que voy a relatar es a ley de memoria, sin documentación que lo justifique, por haberlo recogido al azar de algunas personas que presenciaron los hechos.

Seguro estoy que habrás leído u oído que en la madrugada del 3 de enero de 1874, el capitán general de Madrid, don Manuel Pavía, harto de presenciar el desbarajuste que reinaba en las republicanas Cortes españolas, tomó por asalto el Congreso, echó de allí a los diputados, y en un momento dió el golpe de gracia a la flamante República española. Tuvo en su mano ser dictador y no quiso serlo; prefirió llamar al Congreso a los Jefes de los partidos y a los Capitanes Generales residentes en Madrid y les entregó el poder que poseía a su arbitrio. Entonces, radicales y constitucionales unidos dieron la Jefatura a don Francisco Serrano, Duque de la Torre, que formó Gabinete bajo su presidencia.

Tan inusitado como breve acontecimiento repercutió en España entera y, naturalmente, en Tudela.

En aquella sazón y durante tres años había sido regida la ciudad por Ayuntamientos republicanos: el último corrió bajo la presidencia de don José García Celay, tipo de carácter exaltado, pero muy simpático en su trato y muy servicial para sus amigos; asiduo concurrente a la sastrería de don Manuel Luis, que tengo descrita en mis «Apuntes Tudelanos».

¿Tendré que decir cómo sentó a la masa republicana local la travesura de Pavía, después que habían proclamado pocos meses antes el advenimiento de la República española con toda ostentación y solemnidad y de haber tenido en su mano los destinos de la Ciudad?

También sufrieron no pequeña contrariedad los aficionados a las cosas municipales con la desaparición del Ayuntamiento republicano, porque sus sesiones atraían gran concurrencia de público al Consistorio por lo típicas y animadas que resultaban.

Pero, naturalmente, la nueva situación política, aun caracterizada de radicalismo, no había de consentir la persistencia de aquellas Corporaciones de diverso matiz, y esto fué causa de que la que me ocupa celebrase su última sesión, por completo administrativa, en día martes 13 de enero de 1874. ¡13 y martes!; mala coincidencia para los agoreros.

Para el Gobierno militar de Tudela se designaba entonces un Comandante; hubo varios, entre los que recuerdo a Robustiano Erlés, tudelano que habitaba en casa propia de la calle de los Lagos, y un señor Iracheta; y en los días de estos sucesos funcionaba en el cargo don Luis Bellido, oriundo de Cascante, por cuyo conducto se comunicó su cese a los concejales activos y se enviaron las credenciales para los nuevos, nombrados oficialmente por

el Gobernador Civil de Navarra. Las credenciales iban firmadas por don Fernando Primo de Rivera.

Son dignos de que se conozcan sus nombres a fin de apreciar la altura que, aun en aquellas excepcionales circunstancias, iba a obtener el Ayuntamiento tudelano con tal serie de capacidades que hacían hasta innecesaria la intervención del secretario, no obstante serlo don Nicolás Falces, tenido por el más integérrimo y competente de Navarra.

Alcalde, don Angel Frauca. Primer teniente, don Javier de Mur. Segundo, don José Joaquín Ezquerro. Tercero, don Joaquín Loraque. Concejales: don Fernando Morales. Concejales: Don Tomás Moreno, don Nicolás Bona, don Luis Zapata, don Pedro Magdalena, don Manuel Urban, don Valentín Mensat, don Santiago Merino, don Hilario Nievas, don Pedro Pérez y Ramírez.

Para el objeto de estas líneas es suficiente apuntar que el conjunto del Municipio lo formaban 1 médico, 3 propietarios, 4 abogados, 2 farmacéuticos, 1 ingeniero industrial, 1 comerciante, 2 industriales, 1 escribano y 2 ganaderos.

Su matiz político y aun el político-local estaba compendiado en una mayoría radical y en una minería moderada. No figuraba ningún republicano por lo que antes indico, ni tampoco ningún carlista por hallarse viva la guerra civil.

Detallo un poco este Ayuntamiento porque, salvo algunas variantes, se sostuvo hasta el 28 de abril de 1875 e intervino en la efeméride que modestamente voy describiendo.

Quedamos, lector, en que la travesura del General Pavía dió al traste con el Gobierno republicano y con la República, pues aunque ésta continuó bajo la dirección del gabinete Serrano, fué más de modo ficticio que real, es decir, una República sin republicanos.

Grandes fueron los enemigos que se vislumbraron en el horizonte, destacándose principalmente los carlistas que en montañas y valles blandían sus armas a plena luz del sol, y la extensa y subterránea conspiración alfonsina, reanimada con la herida de muerte que a la República infligió Pavía.

Reconocen los tratadistas que el Duque de la Torre fué desde sus mocedades hombre temerario y de arrestos, y así lo demostró cuando al tratarse en el seno del Gabinete de un gravísimo telegrama, recibido del General Moriones en 25 de febrero del dicho año 1874, en el que al confesarse impotente para vencer a los carlistas en San Pedro de Abanto, declinaba el mando y pedía otro General que le sustituyera, se prestó voluntario el Duque a ir a ese sitio de peligro, rasgo que enaltecieron y premiaron sus compañeros, confiriéndole el título de «Presidente del Poder ejecutivo de la República», jerarquía tan augusta que por encima de ella no había ningún español, y que le servía para refrendar los decretos de sus ministros.

La guerra civil se hallaba en su apogeo y la bandera de la victoria flotaba deplegada a todo viento por los campos del Pretendiente. Se había izado en la cumbre del Montejurra y ahora se trataba de izarla sobre la Ciuda-

dela de Pamplona, para lo que se puso estrecho cerco a la Ciudad, y a fin de romper tan angustioso bloqueo salió Serrano de Madrid en los primeros días de diciembre de 1874, quedando allí don Fernando Primo de Rivera, en cargo de Capitán General.

El día 13 de diciembre se hallaba en Logroño, y habiéndolo sabido nuestro Ayuntamiento destacó en comisión a sus concejales don Joaquín Arguedas y don Felipe Gaytán de Ayala, personas de alta significación social (en el curso del año habían sufrido algunas variantes los componentes del Ayuntamiento), para que fueran a esa capital, como lo hicieron el día 14, a saludar y felicitar al Jefe del Estado en nombre de la Corporación, y ofrecerle sus respetos y adhesión.

Dispuestas por el Duque, se habían iniciado algunas operaciones para vencer la resistencia del enemigo, y hallándose Serrano en Tafalla el 29 estudiando, con su Estado Mayor, la forma de romper el sitio que los carlistas tenían puesto a Pamplona, le comunicaron desde Madrid la noticia, triste en aquellas críticas circunstancias, de que el General Martínez Campos había proclamado en las afueras de Sagunto y al frente de la brigada de Dabán a Alfonso XII, Rey de España.

En efecto; los patrocinadores civiles y militares de la idea de colocar al joven Alfonso en el Trono español para dar término a la anarquía política reinante habían obtenido, aunque veladamente, muchos y valiosos adeptos. No he de detallar pormenores que constan en varias obras impresas; cumple a mi propósito dejar consignado que, el 23 de diciembre de 1874 recibió en Madrid Martínez Campos carta del brigadier Dabán excitándole al pronunciamiento; que en la tarde del 28 obtuvo una última entrevista con el Conde de Heredia Spínola, conspirador activo y entusiasta, y de allí, ya de noche, partió para Sagunto; y que en la mañana del 29 verificó la proclamación ante la citada brigada, comunicándolo telegráficamente a la Presidencia del Consejo y Ministro de la Guerra.

El golpe de estado, análogo, aunque en otro orden de cosas, al de Pavía, acababa de brotar; se dió el chispazo a la cargada mina de mucho tiempo atrás, y estalló.

¿Constaban a Serrano y su Gabinete los trabajos del grupo alfonsino? Debían conocer algunos detalles, puesto que tomaron medidas gubernativas para desbaratarlos; pero la precipitación y actividad de Martínez Campos, que en el hecho casi obró por cuenta propia, sorprendió al Gobierno, así como a Serrano en los momentos en que lo dejamos en Tafalla.

He dicho que fué tremendo contratiempo y rudo golpe el que experimentaba el Gobierno en aquellas circunstancias.. El Duque, desde Tafalla, al saberlo, adoptó algunas disposiciones relativas al ejército del Norte; pero, advertida su perspicacia del alcance del pronunciamiento, y necesitado de saber y aclarar la actitud de ese ejército y de hablar también con Madrid, decidió trasladarse a Tudela, para donde convocó a alguno de sus generales.

He aquí por qué, en la mañana del mismo día 29, hallamos al alcalde, señor Frauca, muy sorprendido y preocupado al leer un telegrama que aca-

baba de recibir de Tafalla, anunciándole, para el tren de la tarde, la llegada del Presidente del Poder Ejecutivo con todo su Estado Mayor.

No era aún conocido en Tudela el acontecimiento de Sagunto.

¿Qué de extrañar es que nuestro Alcalde quedara perplejo ante el telegrama que tenía en sus manos? ¿No era hecho bien inusitado que un personaje de la altura del Duque se presentara así en Tudela, con un anuncio tan escueto? Pero como no había tiempo que perder por el poco que quedaba para los preparativos y recibimiento, ordenó al alcaide de las Casas Consistoriales que para primera hora de la tarde convocase a sesión confidencial al Ayuntamiento. En ella resolvió lo corriente en estos casos, es decir, alojar al Duque en el Palacio del Obispo; invitar a las Autoridades civiles, militares, judiciales y eclesiásticas; disponer que los «Auxiliares de la Libertad» rindieran honores al ilustre huésped; organizar una serenata a la noche, bajo la batuta del director de la música municipal, don Elías Villar; encargar comida-cena a don Modesto Undiano, propietario del Café del Recreo, y... un suntuoso y artístico ramillete de dulces finos a la confitería de don Valentín Mensat (sita en la calle de Concarera baja, número 6), obsequio éste que substituyó al de las riquísimas anguilas del Ebro con que se agasajaba de antiguo a los altos personajes, como a Espartero cuando años antes estuvo en Tudela.

Chocará a alguien que la comida se confiase a un cafetero, y diré el porqué. En aquella época existían en Tudela cuatro cafés: el fundado por don Manuel Urbán, que aún perdura; el de Eduvigis Mensat, en el mismo punto del ahora Círculo Mercantil; el de Luis Ferrández (a) «El Gordo», en las plantas bajas de las casas actuales de doña María Cárcar y don Remigio González, Carrera de las Monjas, números 2 y 4, y el Recreo, con bonito salón y otro interior, donde eran muy nombradas las cenas que allí servían; café también en el número 7 de la misma calle y locales que ocupa el Hispano Americano; era, pues, el café donde podía comerse y se comía bien.

Llegó el Duque; Alcalde y Autoridades se hallaron al pie del estribo y, terminados los cumplidos de costumbre, lo primero que Serrano encargó al Alcalde fué que se le condujera al gabinete de Telégrafos, donde quedó, despidiéndose del personal y del grupo de curiosos, que no era pequeño.

La estación telegráfica se hallaba entonces instalada en la Carrera y casas de don Simón Magdalena, antiguo y acreditado sastrer sudelano, derribadas —eran dos— para edificar la de la Banca «La Vasconia».

Iba a tener lugar la importantísima y trascendental conferencia con Madrid, tan detalladamente expuesta y comentada por los historiadores, puesto que en ella se jugaba no sólo la suerte de aquel Gobierno, nacido al azar, quebrantado y sin brújula, que era lo de menos, sino la más importante: el porvenir y el destino de la Nación Española, y tan grandioso problema quiso la Providencia que viniera a desarrollarse entre las cuatro paredes que formaban un modesto local tudelano titulado «Gabinete de Telégrafos». Serrano debió de subir con profunda preocupación la estrecha escalera de peldaños de tablas que al mismo conducía en sus dos tramos.

La índole de esta sencilla relación no consiente la copia íntegra de la histórica conferencia; pero si a algún lector le interesa conocerla, lo remitimos a Pirala, «Historia de la Guerra civil», y a Díez de Tejada, «Historia de la Restauración», que la insertan.

El Duque habló desde Tudela con varios ministros; con el Presidente, don Práxedes Mateo Sagasta, y con el Capitán General de Madrid, don Fernando Primo de Rivera. Por ellos se enteró de que Jovellar, General Jefe del Ejército del Centro, se había unido al pronunciamiento; que existían temores de que otros Cuerpos de Ejército hicieran lo mismo, y que la guarnición de Madrid no inspiraba confianza en ese sentido.

Poco después, el mismo Capitán General de Madrid, en nombre de la guarnición, se impuso al Gobierno, y su Presidente, Sagasta, se limitó a protestar de aquel acto de fuerza.

Conservé muy buena amistad con don José Oñorbe y Sabando, tudelano, de inteligencia muy despierta, que llegó a ocupar y desempeñar con buen acierto la Alcaldía de la localidad, y que en aquella ocasión era Oficial de Telégrafos. Transcurrido mucho tiempo desde la fecha de la conferencia, me atreví a preguntarle si podría referirme algún detalle, pues seguramente lo recordaría.

Algo dudó; pero siendo un hecho caído en el fondo del pasado, me contestó: «Por mucho que viva, no podré olvidarla», y me refirió poco más o menos lo que sigue:

«Quedé de servicio, porque Nicolás (Bona y Maisterrena), que era el Tefe, había ido a la estación a recibir a Serrano, y cuál fué mi sorpresa cuando, sin la menor advertencia, le vi entrar en Telégrafos; en seguida subió Nicolás; yo, sentado a la mesa, manejaba el aparato; Nicolás se hallaba a mi lado, y enfrente el Duque y un ayudante, en modestas sillas de anea, pues el mobiliario no daba más de sí.

En su trato, afable y natural, no aparecía la dignidad de su alto cargo; era muy cortés.

Comenzó la conferencia con Madrid bajo un profundo silencio, y Nicolás y yo estábamos emocionadísimos al transmitir las palabras del Duque y traducir las de demostración de afecto y adhesión de los Ministros. Sólo el Duque aparecía imperturbable en aquella solemne escena, como si se tratara de algo que no le interesase; pero cuando, dirigiéndose al Capitán General, a lo último de ella, le preguntó: «¿Y mi Antonia, y mis hijos?; ¿qué es de ellos?», contestándole que estuviera tranquilo, pues él velaría para que nada les sucediese, sufrió Serrano un acceso de furia y, cerrando los puños y dando un fuerte golpe sobre la mesa, exclamó: «Era lo único que me faltaba: que la Duquesa y mis hijos corran a cargo de Primo de Rivera», e involuntariamente se echó a llorar.

Hubo un momento de suspensión, en el que Nicolás y yo respirábamos fatigosamente.

Repuesto el Duque, nos rogó le dispensáramos y, dándonos las gracias, se retiró del local con aspecto tranquilo.

Aquella cintita azul (siguió diciéndome Oñorbe) que arrojó el aparato Morse en tan original y celebrada conferencia, la guardé y conservé, porque

en ella quedaron impresas las manifestaciones últimas de un poder que se sumergía en las profundidades de ese mar sin fondo que ofrece la política, mientras iba saliendo a flote otro nuevo, decidido a variar la estructura constitucional de España.»

Plugo al Cielo que ninguno de aquellos cuatro venerables varones que cien años atrás habían regido la diócesis de Tudela levantase la cabeza en la aciaga noche del martes 29 de diciembre para observar lo que acontecía dentro del Palacio, de aquel Palacio que con tanto cariño reformaron en la época de su residencia, y en cuyos, salones se deslizó su vida seráfica y placentera, con arreglo a las tranquilas y modestas costumbres que imperaban en nuestros bisabuelos.

Más vale que no la alzarán, porque hubieren preferido la soledad de sus sepulcros, pensando: «Bien estamos aquí».

¡Qué trajín! ¡Qué movimiento en las cámaras episcopales! En completa confusión mezclábanse los múltiples colores de los uniformes con la severa indumentaria civil. Allí se veía a los altos jefes y oficiales de la localidad y a los venidos de fuera con el Gobernador civil de la provincia, con nuestro Alcalde y Concejales, Gobernador eclesiástico, don José Ramón García (era, además, Doctoral del Cabildo, Provisor y Vicario General de esta Diócesis por don Cosme Marrodan, Obispo de Tarazona), el Marqués de San Adrián y Castelfuerte (don Joaquín Magallón, ilustre prócer que llevaba los títulos con toda dignidad y que había pertenecido al Cuerpo diplomático español) como Comandante de los «Auxiliares de la Libertad», y otras personalidades que no recuerdo. En el patio del edificio, el pelotón de los «Auxiliares» que iba a hacer la guardia de honor; en la Plaza de San Jaime, la banda municipal con su director Villar; la escalera invadida por toda clase de servidumbre y curiosos, todos con deseos de conocer o de rendir honores y respetos a la primera Autoridad de la Nación.

Se me pasó por alto advertir antes que, por efecto del bloqueo que los carlistas habían puesto a Pamplona y de la inseguridad que allí reinaba, el Gobernador civil, don Manuel Martos Rubio, se trasladó a Tudela en días anteriores, alojándose en las habitaciones de la casa del señor Marqués de Huarte, en la calle de Herrerías, número 42.

Se hablaba mucho y recio, todos impacientes por la tardanza del General Serrano, y todos inquiriendo, husmeando la solución de una incógnita cuya clave nadie poseía.

—Pero ¿de veras no sabe usted nada? —preguntaba anheloso el Marqués a don Ángel.

—Nada, Marqués, sino lo que usted sabe; veremos cuando llegue el Presidente.

Y los dos coincidieron (porque entonces era una obsesión) en que el impulso que tomaban los carlistas debía ser el motivo del viaje de Serrano.

En esto se presentaron dos de los generales con mando activo en el ejército del Norte de los llamados a consulta; inútil es decir que su llegada aumentó las cábalas.

Por fin, después de tan larga espera, apareció el coche del Marqués de

San Adrián, único con porte debido que había en Tudela, con su precioso tronco de tordos oscuros, que dirigía Nicolás.

Sin duda, el Duque no traía buen humor, porque lo primero que hizo al descender del coche fué mandar retirar la música y el pelotón de los de la guardia de honor.

No quiero pasar por alto que Tudela presentaba entonces el aspecto de plaza fuerte por la abundancia del elemento militar. El cuartel de San Francisco ocupado por Infantería; el ex convento de Dominicos (desaparecido, y en cuyo solar levaniaron el gran Colegio de PP. Jesuítas) por caballería, y su iglesia (la actual del Colegio) sirviendo de cuadras; una porción de Planas mayores que dejaban aquí algunos Regimientos al pasar al Norte, y un sinnúmero de oficiales en expectación de destino; por eso no es de extrañar la abundancia de uniformes que pululaban por los salones del Palacio.

Subió Serrano; recibió y correspondió a los cortesés saludos de todos, distinguiendo con un abrazo a los dos antedichos generales, y... a comer, pues ya era indispensable en tan movida jornada reforzar el estómago.

¿Se apreció algún síntoma en el aspecto, en la actitud, en la palabra del Presidente que denotase que en aquellos momentos se estaba diciendo la historia futura de España? Puedo asegurar por boca del Alcalde que no; pues le oí decir que, aun en las gravísimas circunstancias en que se desenvolvió aquella noche y que él presenció, jamás Serrano habla perdido la tranquilidad de espíritu. Lo mismo que en la conferencia con Madrid.

La mesa ofrecía un detalle de gran ostentación; el ramillete, obsequio del Municipio, debía de ser un alarde de obra artística y monumental capaz de competir con la Giralda de Sevilla si se juzga por su precio que más adelante diré.

Como Undiano carecía de cubiertos de plata, los llevaron de casa de San Adrián; y Evaristo Sanz (*Catián*), encargado del servicio de la comida, andaba impaciente con el retraso del general, porque se pasaban los guisotes.

Unos cuantos (clases de los «Auxiliares», muy afectos a don Angel Frauca y al Marqués) quedaron en Palacio, por si a estos señores se ofrecía algún servicio.

¿Comieron mucho? Me dijeron que sí, entre autoridades, regidores y elemento militar, y que ocupaba la cabecera de la mesa el Presidente; a su derecha se sentaron el Gobernador civil y el Alcalde, y a su izquierda el Gobernador eclesiástico y el Marqués de San Adrián. Oí que el Duque, admirando el suntuoso ramillete, dedicó algunas lisonjeras palabras para nuestro Ayuntamiento y hasta para el artífice.

Todo se deslizaba perfectamente bien hasta en su menor detalle; pero a lo último, de puertas afuera del comedor surgió un pequeño conflicto resuelto de modo original. Apercebido Evaristo Sanz de que faltaban cucharillas para el queso helado, lo comunicó a Murga y compañeros, y el asunto era peliagudo, porque... ¿cómo se lo indicaban a don Angel? El cerebro de Raspa tuvo una idea feliz y exclamó: «Yo me comprometo a acercarme a don Angel; venga papel y un sobre».

A poco entró en el comedor, presentando en una bandeja un oficio urgente que acababa de recibirse para el señor Alcalde.

—¿Si su Alteza me permite? —interrogó D. Angel, enseñándole el oficio a Serrano— y abriendo el sobre leyó: «Don Angel, no hay cucharillas para el elao. ¿De dónde las traímos».

Raspa, mientras tanto, estaba tieso y más serio que un cadáver, porque debo decir que no sólo era hombre fornido y de un espeso bigote, sino por su natural tan grave que sólo se reía dos veces al mes por circunstancias especiales.

«Que vayan a casa del señor Marqués», contentó D. Angel; y saludando militarmente salió nuestro hombre con la misma circunspección con que había entrado al comedor.

Cómo gozaron los de afuera la hazaña y cómo gozaba también don Ángel al *contármela* y *advertirme* que para no soltar la carcajada al leer el oficio urgente tuvo que morderse la lengua.

Carezco de más detalles del banquete, por lo que supongo se deslizaría como todos los de su género entre personas que no se conocen.

Este tradicional banquete, en el que Serrano pudo sostener en toda su plenitud la grandeza y supremo grado de su categoría social con las preeminencias y consideraciones que lleva anejas y que le tributaban los allí reunidos, debió inspirarle sin embargo un profundo y vital recuerdo, porque es imposible que por lo más recóndito de su mente no cruzase la idea de que acaso, acaso, tan sencillo acio fuera el postrero en el que se exhibía, aunque con débil reflejo, todo el esplendor de una soberanía que dentro de poco, a merced del grito de Sagunto que iba repercutiendo en otras zonas militares, pudiera quedar convertido en histórica ruina.

Los graves e importantes acontecimientos de esta noche se iban presentando de un modo tan irregular, que es imposible ceñirlos a orden determinado; y en recuerdo del que en vida fué mi respetado y querido amigo don Angel Frauca os diré que a él debo algunas de las escasas referencias de lo sucedido, pues como Alcalde permaneció en los locales del Palacio hasta la madrugada del día 30.

Para la deseada consulta del Duque fueron llegando algunos generales a nuestra Ciudad, cada cual como pudo, por hallarse casi todos en las líneas del Norte, frente a los núcleos carlistas. De todos modos, a muy poco rato de la comida se encontraron la Serna, Ruiz Dana (que lo era de Estado Mayor), Terreros, Alberico, y Santa Pau. Moriones vino al día siguiente.

Serrano, que ardía en deseos de conocer y definir cumplidamente la actitud de cada uno de ellos, los reunió en una conferencia, de cuyos detalles se tuvo, más tarde, conocimiento.

Al principio no se trató sino de lo de Sagunto, manifestando el Duque que, al saber lo ocurrido, adoptó algunas disposiciones con **relación al Ejército** del Norte, para prevenir y resistir todas las contingencias, y que hasta se hacían aprestos para acudir en auxilio del Gobierno, enviando algunos batallones; mas como la medida era tan radical, necesitaba conocer previa-

mente el parecer de sus generales, y aquí es donde se inició la desorientación y el fracaso.

Todos, en cuanto a sus personas se refería y aparte elogios, se mostraron incondicionales del Presidente; pero fueron muy pocos, creo que dos, los que se atrevieron a responder de sus brigadas y fuerzas. Los demás ¡ah!; en los demás no se observó esa clara decisión; temían por sus subordinados, y tantas dificultades empezaron a poner para organizar sus soldados en dirección de Madrid, que hubo de desistirse, máxime teniendo en cuenta que ya no se trataba de la Brigada Dabán sino de todo el Ejército del Centro copartícipe del levantamiento a las órdenes de Jovellar.

Serrano estimó perdida su causa, aunque nada dió a entender hasta el siguiente día, en que tomó una resolución radical.

Cada general tiró por su lado, como suele decirse, y, ya esparcidos por los salones, soltaron la lengua con más libertad, pudiendo notarse, según don Angel, que el ambiente estaba inficcionado y que el fondo de la expresión no respondía al pensamiento del cerebro.

Desde que Isabel II había abdicado todos sus derechos de Reina en su hijo don Alfonso, y desde que en el Palacio de Basilewski, en París, en 25 de junio de 1869, le prestaron homenaje real, creóse en España por valiosos elementos civiles y militares el titulado Grupo Alfonsino, que con sus trabajos incesantes, y más todavía con la desorganización y desorientación de la política revolucionaria, llegó a echar profundas y extensas raíces dentro del ejército, cristalizadas en el grito de Sagunto, y esto explica lo acontecido en la consulta indicada y la posición indefinida de los Jefes.

Moriones (don Domingo) llegó al siguiente día 30 al atardecer en un coche desde Olite, y sin avistarse con nadie fué a ver al Duque. El asistente se presentó con la maleta en casa de D. Juan de Miguel, pariente muy íntimo de Moriones, que habitaba en la Puerta de Zaragoza número 1, advirtiéndole la llegada de don Domingo, el cual, así que despachara con el Duque, vendría a veno; pero transcurrieron las horas y eran las dos de la madrugada cuando el asistente recogió la maleta y Moriones se volvió a Olite en el mismo coche en que había venido.

¿Qué sucedió en las intimidades de esta conferencia? Contóse que Moriones estuvo muy resuelto, ofreciéndose a! General, tanto él como toda su brigada; pero éste debió de advertirle la inquebrantable decisión que tenía tomada, y de ahí el precipitado regreso de Moriones. ¿Pesaba sin embargo sobre él algún otro compromiso por parte de los conspiradores alfonsinos? Tal vez, porque me consta que desde hacía varios meses su pariente don Juan de Miguel recibía sigilosamente carias de Madrid para hacerlas llegar en igual forma a manos de Moriones.

Los generales salieron a la desbandada a sus respectivos destinos en la mañana del 30, quedando aquí Serrano y sus ayudantes. Profunda fué la decepción que sufrió en la consulta, pues aún creía y aún tenía esperanzas de que aquellos distinguidos generales, dependientes de su autoridad, no secundaran la actitud subversiva de Martínez Campos y Jovellar, es decir, que el grito de éstos no tuviera repercusión en los Ejércitos del Norte y Cataluña, y aquí es donde se equivocó.

Las noticias que llegaban de Madrid y otros puntos iban siendo cada vez más desfavorables para el Duque y más beneficiosas para la causa Alfonsina, y aun cuando podía contar con importantes núcleos de incondicionales y adictos a sus mandatos, prefirió apelar a un rasgo de noble y generoso patriotismo a fin de no dividir las fuerzas liberales frente a los carlistas, sucumbiendo ante la catástrofe para dejar paso franco a los que levantaban un Trono que pocos años antes había sido derrumbado. Y esta resolución del Duque fué la causa de que los Ministros depusieran sus carteras, amenazados por el Capitán General de Madrid, según apunté.

El desarrollo de la tragedia fué tan rápido e insospechado que en breves horas, aquí, en Tudela, dentro de su Palacio episcopal, vimos pulverizarse el soberbio pedestal donde se alzaba la más alta significación de la Patria, acontecimiento único en los fastos populares; y en estado tan precario tuvo el alivio para sus amarguras de hallarse entre gentes de una noble Ciudad y un caballeroso Ayuntamiento que, más que antes y por esa misma circunstancia, se afanaban en rendir al Duque toda clase de cortesías y solícitas atenciones.

Demuéstralo así lo consignado en el acta municipal de la sesión del jueves 31 de diciembre de 1874. Fué extraordinaria y a requerimiento del Comandante militar Coronel don Robustiano Erlés y con su asistencia, se reunían a las once de la mañana don Angel Frauca, Alcalde; don Javier de Mur, don José Joaquín Ezquerria y don Joaquín Loraque, tenientes; don Lino Frauca, don Pedro Magdalena, don Luis Zapata, don Mariano Escudero, don Tomás Moreno, don Joaquín Arguedas, don Felipe Gaytán de Ayala, don Juan de Miguel y don Salustiano Sainz, concejales, y hecha relación por el señor Comandante de los graves sucesos acaecidos en la Nación conocidos oficialmente por el Gobierno y el hasta ahora Jefe del Poder Ejecutivo señor Duque de la Torre por haberse proclamado Rey de España Alfonso XII, excita al Ayuntamiento a permanecer en su puesto y guardar el orden.

«Convencido también el Ayuntamiento de que la noble actitud y disposición del señor Duque de la Torre, ha impedido que en la actual variación política se dividiesen las fuerzas liberales al frente del carlismo y hubiese derramamiento de sangre, sin que se entienda como acto político ajeno a la Corporación, encarga a los señores Alcalde, Ezquerria y Arguedas se presenten al señor Duque, le feliciten por su actiuid y abnegación y le den las gracias por los males que ha evitado a la Población.»

La misión fué cumplida cerca del señor Duque, y el 2 de enero se enteró el Ayuntamiento de la manifestación que hizo en el acto —y más aún a la despedida— de los gratos recuerdos que llevaba de los obsequios del Ayuntamiento, especialmente después de haber dejado el Poder.

El Duque fué nuestro huésped, creo que hasta primero de enero. La fisonomía de las estancias episcopales había cambiado bastante al perder su característica oficial, y durante su permanencia sucedió algo original que voy a referir seguidamente:

Tranquilamente terminaba de comer nuestro buen Alcalde al mediodía

del 30, cuando, por medio de un Ayudante, recibió aviso de que el Duque deseaba verle, y allá se fué.

—Le molesto—manifestó el Duque—porque me obliga la extraña situación en que he quedado aquí, y además porque la corrección que en usted, he observado desde que llegué es garantía de que puedo permitirme una confianza y solicitar un favor.

—Ya sabe que estoy a sus órdenes—contestó el Alcalde—.

—No lo he dudado y le doy las gracias. Pues bien, la política, ya sabe usted que es parecida a las olas de un mar encrespado, que tan pronto levantan a la pobre barca hasta el borde de su cresta como la hunden entre sus fondos; puede usted ver mi caso, señor Alcalde; son vicisitudes de la vida que, como he sufrido varias, las sorteo con relativa tranquilidad. Usted vió que cuando entré en Tudela todo el mundo abría ancho paso al Presidente de la Nación; el cuadro en pocas horas ha cambiado por completo, y aunque confío en que las consideraciones no han de faltarme, obedecerán a distinto concepto. Me precisa salir de aquí y he de hacerlo con todo sigilo, pues los acontecimientos políticos me imponen la expatriación, y como en mi equipaje no tengo sino uniformes militares, que por el momento no puedo usar, necesito se me confeccione con toda actividad un traje de paisano; para estas dos cosas me he permitido molestarle solicitando su ayuda como le he dicho.

Algo ardua era la empresa para el Alcalde, que ofreció complacer los deseos del Duque.

Lo primero y más urgente mientras se preparaba la salida, por no decir la fuga del Duque, era lo del traje, y a este objeto se envió inmediato recado a Benigno Luis, maestro sastre con establecimiento en la plaza de la Constitución número 6, local que ocupa en el día el Bar Abeti; la sastrería contaba con géneros de tejidos.

Muchos de los que vivimos tratamos a Benigno (*Ongíneb*) que tenía en su singularidad un poco de poeta, un poco de literato, y un poco de sastre, aderezado con formas muy distinguidas y amaneradas y un hablar ampuloso que debieron llamar la atención del Duque.

Hubo de comprársele también a éste un sombrero, algo *sui géneris*, en la sombrerería de don Juan Santolaria que subsistió muchos años en los bajos de la casa Rua 4, donde ahora hay un bar.

Lo más peliagudo del encargo era la organización de la salida del Duque, por tener que realizarse en condiciones excepcionales, y para ello tuvo don Angel que recurrir al consejo y ayuda de sus íntimos, el Marqués de San Adrián y don Luis Zapata, compañeros de camarilla. Conformaron los tres en que no siendo prudente exponerse a un fracaso (o a algo más grave en aquellas delicadas circunstancias) si el viaje se realizaba por carretera, era preferible caminar de noche y a campo traviesa, yendo de aquí por Sancho Abarca a Tauste, y de allí, atravesando las Bardenas, a la raya de Francia, a cuyo objeto destacaron un propio para un señor Ramírez (creo), industrial de Tauste, con encargo de que preparase caballos y acémilas para la segunda parte de la jornada.

Sabedor el Duque del plan, lo aprobó, y en la noche del 31 de diciembre iba a ponerse en práctica; era el primer punto, el traje, el famoso traje con-

feccionado por la tijera del maestro Luis; me dije don Angel, que se encontraba delante cuando se lo probó el Duque, que no había visto en su vida tipo de tela más rara, de color indefinido y a rayas, y que además el traje estaba hecho como sin medidas; el Duque y los presentes tomaron la cosa a guasa y se reían, pero el amigo Luis con su peculiar circunspección y seriedad dijo imperturbable que aquellos eran pequeños defectos muy corregibles. En cuanto a la tela se supuso que era alguna de desecho de tienda que pretendió colársela al Duque.

Dejo a la suposición del discreto lector lo que para el grupito de progresistas que compartía el secreto significaba la salida del Duque en tales circunstancias, y lo embarazoso que iba a serles terminarla con éxito; la preocupación y temores eran grandes y fundados, mas no había otro remedio que lanzarse a la aventura sancionada por el interesado.

Pero quiso Dios que todo, por fin, se arreglara de un modo imprevisto y satisfactorio.

Al oscurecer se presentó en el Palacio el Gobernador Civil, entregando al Duque un telegrama que acababa de recibir de su compañero de Zaragoza, en el que el Gobierno (funcionaba ya el de Cánovas del Castillo) ordenaba que todas las autoridades se pusieran a su disposición para que con absoluta libertad se trasladase el Duque a donde tuviera por conveniente.

A nuestro Alcalde y sus íntimos se les espaciaron los pulmones al saberlo

—Gracias, señor Alcalde —le decía el Duque, estrechándole la mano—. La orden de Madrid no ha podido ser más oportuna para ustedes y para mí; pero, aun siendo así, nunca olvidaré la hidalguía y el desinterés con que han procedido ustedes.

Después de esto, nada dicen las crónicas tudelanas acerca del giro que llevaron el famoso traje y el flexible sombrero.

Aquella noche fué relativamente tranquila para nuestro Palacio Diocesano, sin otro movimiento que el precursor del viaje del Duque de la Torre camino de Francia en el tren correo del día 1.º de enero de 1875.

Afable y agradecido contestó al adiós que le dirigían nuestro Alcalde, otras autoridades y algunos concejales y varias personas, último y bien corto homenaje rendido al que dos días antes aún conservaba en sus manos el signo de la más alta Potestad.

La victoriosa espada del General Serrano en el puente de Alcolea, había iniciado seis años atrás el período revolucionario, obligando a Isabel II, veraneante en Lequeitio, a abandonar su Trono y su España en medio de los afectos y lágrimas de fieles amigos que le acompañaron hasta Irún.

Ahora, bajo una fría atmósfera de indiferencia, partía el Duque para igual destierro, sin otras demostraciones de cariño que las que inspira la vana cortesía oficial.

Contrastes de la vida; él fué causa de la caída de un Borbón, y otro Borbón provocaba la suya.

La Revolución española puede decirse que la inició y encarnó la alta figura del General Serrano. Victorioso en Alcolea, su entrada en Madrid en septiembre de 1868 fué verdaderamente triunfal, constituyéndose en Ministro

Universal y de la Guerra; era todo el Poder. Y al cabo de pocos años, colocado en mayor supremacía, el valer de su personalidad y con ella la movible y accidentada etapa revolucionaria quedaron extinguidas, inopinada y mansamente, dentro de un viejo caserón tudelano que, aun sin otros motivos, sólo por éste, podría ostentar la categoría de monumento histórico.

No quiero dar por conclusa la relación de este acontecimiento sin decir algo acerca de los «Auxiliares de la Libertad».

Esto de ser voluntario para tal o cual fin ya trae su fecha. Es institución muy constitucional, pues empiezan a establecerla las Constituciones de 1812 y 1837: en 1822 se denominaban *Voluntarios Nacionales*; en 1824 *voluntarios realistas*; en 1834 *Milicia urbana*; en 1835 *Guardia nacional*; en 1836 *Milicia nacional*; en 1854 *Milicia ciudadana*; en 1868 *Voluntarios de la Libertad*; y en julio de 1875 *Voluntarios de la Monarquía constitucional*.

En su forma esencial era cuerpo híbrido, compuesto de una mezcolanza militar y civil, sin ser ninguna de las dos cosas. Organización de fuerza ciudadana, armada aunque pacífica, prenda de orden y tranquilidad de los pueblos, y elemento de la libertad.

Nuestros padres y antepasados debían de ser más aficionados que nosotros a lo de manejar el fusil, pues así que se anunciaba la organización de cualquiera de esas clásicas fuerzas se ponían en movimiento, y época hubo en Tudela en la que después de dos batallones de infantes contaban hasta con un grupo de caballería.

En la moderna, aún alcanzamos los famosos Voluntarios de la libertad a raíz de la Revolución de 1868 bajo el «Reglamento orgánico de la fuerza ciudadana».

Eso de la *libertad* debía ser por aquel entonces algo muy sutil y delicado, o muy inconsistente y voluble, puesto que a juzgar por los títulos sólo podía sostenerse con las puntas de las bayonetas.

Subsistiendo los *Voluntarios de la libertad* se creó en Tudela otro nuevo Cuerpo titulado *Voluntarios de la República* en febrero de 1874, lo que originó grandes rivalidades y disgustos: éstos gastaban como distintivo el gorro frigio, y aquéllos el kepis de tipo francés; ninguno de los dos llegaron a uniformarse. Comandaba los primeros don Domingo Burgaleta, procurador del Juzgado, y los segundos don Santiago Jiménez, escribano de actuaciones.

Estas rivalidades debieron llamar la atención de las Autoridades militares, y para evitarlas fusionaron ambos Cuerpos creando el de *Auxiliares de la libertad* en mayo del mismo año 1874; así a lo menos se desprende de dos comunicaciones que el Comandante militar de Tudela pasó al Ayuntamiento, solicitando fondos para la nueva Institución y para el arreglo de 138 fusiles—once sin bayoneta—que para ella tenía dispuestos. A fin de allegar esos fondos se creó un impuesto sobre el tránsito por el puente del Ebro.

La deseada armonía debió de obtenerse, puesto que de primera intención se encuentra de Comandante de los Auxiliares a don Luiz Zapata, radical, y de capitanes a don Romualdo Castellano, republicano, y a don Juan de Miguel, radical.

Poco después substituyó al señor Zapata en la Comandancia el señor Marqués de San Adrián, que con su rigidez y carácter ordenancista levantó el nivel del Organismo, dándole un tipo casi militar y sobre todo de estricta subordinación, para lo que se valía de los consejos de don Benigno Labastida, Brigadier retirado de Artillería de distinguida familia tudelana. Además, a diferencia de sus correlativos anteriores, logró uniformarse con traje de color gris claro y vivos verdes, y un pequeño sombrero chambergo flexible del mismo color y escarapela a un lado con los colores nacionales.

Para completar su grado de instrucción se organizó cierto simulacro en los Montes de Fontellas que fué motivo de una fecha de romería para medio pueblo.

Pretendió todavía más el señor Marqués: conocer el tiempo necesario para reunir su fuerza en momento determinado, y a este objeto se valió de una estratagema. Cierta noche—ignoro la fecha—se oyó tiroteo en el Monte de las Peñuelas encima de la Estación, con lo que se armó un revuelo fenomenal en todo Tudela... «¡Los carlistas que atacan!», empezaron a decir, porque los carlistas eran el enemigo más ostensible de los Auxiliares; llamadas de cornetas a la carrera; apresuramiento de la gente del arma, algunos hasta saltando de la cama, etc., etc., y al poco rato los de la Libertad aparecían perfectamente alineados en la Plaza de la Constitución «en *su lugar, descansan*». No quiero callarme que, como era natural, los primeros en presentarse fueron el Comandante y los que habían disparado sus fusiles en las Peñuelas.

Sí; los carlistas eran la pesadilla del elemento liberal, y como las pasiones de uno y otro bando andaban muy vivas y sueltas, los *Auxiliares* tenían que estar ojo avizor. Para el orden interior de la Ciudad establecieron un retén o guardia permanente en los bajos de la casa municipal de la Plaza de la Constitución con dos centinelas a la puerta. Para el exterior, y en evitación de que nuestro convecino Gregorio Ucar—*Bartolillo*—que merodeaba por las Bardenas con unos cuantos secuaces o cualquier otro atrevido carlista intentase un golpe sobre Tudela, montaban nutridas guardias todas las noches en los Fuertes del Castillo y Torre Monreal, y en el Humilladero del otro lado del puente.

El fusil del auxiliar también tenía sus espinas aparte de otras flores de gran tentación.

Los deberes de esas vigilancias se cumplían muy estrictamente porque a veces, en horas desusadas, los sorprendía el Comandante, y cualquier falta era castigada con la pérdida del arma, y consiguientemente con la de la ganga que proporcionaba.

Entonces en Tudela se obtenían del contribuyente dos clases de exacciones directas: la ordinaria para los gastos provinciales y municipales, y la extraordinaria, titulada de *Guerra*, más cuantiosa y sin tipo determinado para los suministros y otra clase de atenciones de la Junta de Merindad.

No se creía justo que quien (como el Auxiliar) estaba dispuesto a vender su vida tras el gatillo de un fusil en holocausto de su país y de su Patria, fuese víctima de tal expoliación motivada por una causa que combatía, y en ese supuesto se le declaraba exento de ella, así como también del servicio

de alojamiento que casi a diario tenía que prestarse por tanto trasiego militar.

La de Guerra, más que contribución, degeneraba en castigo, y el lector juzgará por lo expuesto el singular atractivo que ofrecía el formar parte del instituto armado, sobre todo a la clase contribuyente, pues llegó a darse el caso de que el beneficio obtenido por el servicio superaba al sueldo de cualquier General del ejército.

Todo esto fué acicate que prestó gran lozanía ai Cuerpo de los Auxiliares, haciendo que en sus filas, con asombro de los extraños, militasen muchos vecinos de tranquila vida y morigeradas costumbres sin la menor ráfaga de espíritu guerrero.

Tengo que pasar por alto las escenas de queja y resentimientos muy justificados de ias valerosas *liberales anticarlistas*, a las que por la fatalidad de su sexo y estado no se les consentía manejar el fusil, aguantando como consecuencia todas las gabelas mencionadas. Echaban chispas y con razón.

No puedo tampoco detallar el tiroteo de *Bartolillo* a la guardia del puente desde los cabezos de San Gregorio; la salida de una Sección, de *Auxiliares* a Fitero, y otra, de unos setenta, a Caparroso; el recibimiento que hicieron a las trepas que coparon en San Pedro de Manrique, la partida de nuestro convecino don Pedro de Agreda y otros particulares.

El triunfo de la Restauración quitó mucho de su valor a estos grupos de paisanaje armado. El Rey Alfonso XII, al ratificar su carta-manifiesto de Sandhurst y prometer que su entrada en España había de ser prenda de paz, de unión y de olvido de las pasadas discordias, proporcionó un sedante a la exaltación de ánimos que dominaba en los contendientes.

Esto sirvió para que nuestros Auxiliares, aun consecuentes en su organización y funcionamiento, fuesen limando la bravura que inspiraba el anterior radicalismo.

¿Qué sucedió en el período que media entre la Restauración y la disolución de dicho Organismo? Lo ignoro; supongo que su vida daría poco de sí para dedicarle un aparte.

Tampoco poseo datos sobre la fecha y causa de su desaparición, que bien pudo ser cuando en julio de 1875 se trató de convertirlos en «Voluntarios de la Monarquía constitucional» sin la granjería de lo de la contribución de Guerra, y, naturalmente, este cambio de nombre y de sustancia pudo enfriar mucho los entusiasmos, porque como no todos los Auxiliares comulgaban con la idea monárquica, el nuevo título no encuadraba en la heterogeneidad del instituto.

Sea lo que fuere, en justo tribute de admiración y respeto para nuestros Auxiliares debe consignarse que sus prevenidas armas no causaron una víctima entre los que luchaban dentro o fuera de sus componentes.

Mientras permaneció aquí el Duque de la Torre, Tudela y sus autoridades cumplieron el más estricto deber de la hospitalidad; una vez ausente, desapareció el obstáculo que impedía la irradiación del sacudimiento que dominaba España., sobre todo en el seno de nuestra vida municipal reflejo enton-

ces de la popular por el valer y arraigo de las personalidades que en aquellas épocas constituían los Ayuntamientos.

Y ahora, entre paréntesis, diré que como las descripciones se alargan, voy a concretar en gracia al lector que hasta esta altura me haya seguido, lo que resta por exponer.

Pues bien; nuestro Alcalde tenía en su poder desde el día 31 tres telegramas transmitidos por el Comandante militar de la Plaza y que no quiso dar a la publicidad durante la permanencia del Duque, en los que se participaba que el Capitán General jefe de los Ejércitos del Norte don Manuel Laserna había proclamado y mandado proclamar a don Alfonso XII Rey de España y reconocido el nuevo Gobierno de la Regencia.

También recibió y se expuso en los parajes públicos un número extraordinario del Boletín Oficial de la Provincia, de! tenor siguiente: «El Capitán General de Castilla la Nueva, Excelentísimo señor don Fernando Primo de Rivera, en telegrama recibido en este Gobierno a las cuatro y media de la mañana de hoy, me dice lo siguiente: Los Ejércitos del Centro y del Norte, la guarnición de Madrid y las de otras provincias, han proclamado a don Alfonso de Borbon Rey de España. Madrid y todas las poblaciones donde es conocido el suceso lo acogen con inmenso entusiasmo. El Duque de la Torre ha declarado que en virtud de la actitud del Ejército no se opone al movimiento. El Gabinete presidido por el señor Sagasta acaba de entregarme el poder... Tudela 31 de diciembre de 1874.—El Gobernador, Manuel Martos Rubio». El Boletín va fechado en Tudela porque aquí estaba el Gobernador civil.

¡Laserna y Primo de Rivera! Dos generales que en la noche del 29 conferenciaron con Serrano.

Cambiada oficialmente la personificación de la soberanía, el Alcalde se creyó en el deber de convocar al Ayuntamiento, ya que sus poderes dimanaban de un Gobierno extinguido; y por eso encontramos a los concejales en el Consistorio el sábado 2 de enero de 1875 enterándose de los telegramas que consigno. Fué su primera reunión bajo el Gobierno Alfonsino, por lo que no es de extrañar que don Angel Frauca, después de la lectura de esos partes, manifestara deseos de que se le admitiese la dimisión del cargo, y de que don Tomás Moreno, cabeza de los moderados alfonsinos tudelanos, presentara una moción con el fin de que se solicitase del Excelentísimo Capitán General que, con objeto de inaugurar con medidas fraternales y lazos de olvido y unión el advenimiento de don Alfonso XII al Trono de sus mayores, se sirviera dejar sin efecto las órdenes dictadas sobre exención del pago de contribuciones de guerra.

La proposición era demasiado atrevida por lo que antes tengo apuntado y levantó en vilo a los demás concejales que, unos por inoportuna y otros por impropcedente, después de muy prolija discusión, la rechazaron.

Se daba sin embargo el caso de que, sea por pertenecer a los Auxiliares o por otros motivos, tanto se habían extendido tales exenciones, que la contribución de guerra no pesaba ya sino sobre un pequeño grupo de carlistas, sobre los insolventes y sobre las mujeres.

Como a la perspicacia del Alcalde no podía ocultarse la delicada situa-

ción de un Ayuntamiento nombrado oficialmente por el Gobierno anterior, determinó consultar el caso con sus compañeros que eran los señores de Mur, Ezquerria, Loraque, Frauca (don Lino), Magdalena, Urbán, Zapata, Escudero, Moreno, Pérez Ramírez, Nievas, de Miguel Sainz, Arguedas y Gaytán de Ayala, y, aparte alguna diversidad de criterio en la forma, todos convinieron en presentar la dimisión del cargo, que no les fué admitida, porque según contestó el Gobernador «las circunstancias excepcionales por que atraviesa la provincia, le ponían en el deber de no aceptar las dimisiones hasta que el Gobierno se sirva acordar !o que estime más conveniente acerca del particular», y en su vista hicieron el sacrificio de continuar al frente de la administración popular.

Dentro de su cargo cumplieron como caballeros el compromiso de honor adquirido, demostrado muy principalmente la tarde del 21 de enero de dicho año 1875, en la que llegó Alfonso XII a Tudela, de paso para el Norte. En el recibimiento, preparativos, agasajos, etc., tributados al Augusto huésped estuvieron nuestros concejales tan atentos y entusiastas cual lo hubiera estado el más ferviente alfonsista, y su comportamiento hasta su cese nada dejó que desear.

Aún tuvo que intervenir el Municipio en un asunto no muy grato; el dei ramillete; el del valor de aquel estupendo ramillete con que se obsequió a Serrano y cuyo artífice, Valentín Mensat, lo graduaba en dos mil reales de vellón. Por grande que fuera el monumento, mayor era el precio en concepto de los concejales, que se negaren a pagarlo mientras no mediase una determinada peritación con el molde a la vista; no sé en qué quedarían.

La Restauración puede decirse que no se consolidó en Tudela hasta el miércoles 18 de abril de 1875, en que cesaron las interinidades, designándose un Ayuntamiento, en su mayoría liberal-conservador-alfonsino, con los señores siguientes:

Alcalde, don Tomás Moreno.

Primer teniente, don Fernando Morales.

Segundo teniente, don Aniceto Frauca.

Tercer teniente, don Joaquín Arguedas.

Concejales: don José Frías, Marqués de Huarte.— don Felipe Gaytán de Ayala.—Don José Serrano.—Don Carlos Morales.—Don José Joaquín Ezquerria.—Don Pedro Díez Tino.—Don Prudencio Pujadas.—Don Manuel Bona.—Don Ignacio Sanz Pérez.—Don Benito Iribarren.—Don Antonio Sánchez.—Don Lucas Sainz.—Don Ambrosio Pablús.

Resumen: 7 abogados, 6 propietarios, 2 ganaderos, 1 industrial y 1 comerciante.

Y aquí doy término a mi monótono trabajo redactado para tiempos futuros; para cuando llegue aquel feliz día en el que aparezca otro entusista tudelano como el señor Díaz Bravo, que se arriesgue a recopilar los sucesos modernos de nuestra querida Ciudad. Por algún oscuro rincón tal vez tropiece con estos apuntes y por ellos sepa que al extinguirse el año de gracia de 1874 se extinguió también dentro de los muros de la M. N. Tudela todo un accidentado y anómalo período de la historia contemporánea española que en su mayor parte personificó la earegia figura del Duque de la Torre.

S.